

---

**Manfred HAUKE**, *Teología feminista. Significado y valoración*, Madrid: BAC, 2013, 230 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 978-84-220-1679-3.

El autor, catedrático de Patrología y Dogmática en la Facultad de Teología de Lugano (Suiza) y miembro de la Pontificia Academia Mariana Internacional lleva a cabo un estudio histórico-descriptivo, claro y bien estructurado, del feminismo y de la teología feminista. Sin quedarse en una simple presentación, el libro ofrece una orientación doctrinal al lector desde el punto de vista católico, una valoración equilibrada y fundamentada en el magisterio sobre el tema del feminismo, tan lleno de implicaciones culturales, antropológicas y eclesiales.

El feminismo es un fenómeno complejo que trascurre históricamente desde las iniciales reivindicaciones sufragistas, pasando por el feminismo de la igualdad, de cuota, hasta el feminismo radical o ginocéntrico.

Es interesante el análisis del origen del feminismo radical. En su núcleo ideológico se da una transposición de la idea marxista de la lucha de clases a la «lucha de los sexos». A esto se añaden otras influencias: el existencialismo de Simone de Beauvoir; algunas ideas de la revolución sexual, de Kinsey, Wilhem Reich y Herbert Marcuse; la psicología de C. G. Jung; la ideología de género «deconstructivista» inspirada en Michael Foucault y Jacques Derrida; e incluso algunos conceptos enraizados en la *New Age* con toques de ecologismo.

El feminismo es hoy, al mismo tiempo, riesgo y oportunidad. Junto al peligro evidente y constante de deriva ideológica, el pensamiento cristiano tiene una gran oportunidad de profundizar en su teología de la mujer. Como decía el Vaticano II en su Mensaje a las mujeres «ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumpla en plenitud». En el mensaje cristiano, en la entraña misma del mensaje evangélico, hay una profunda marca de igualdad y dignidad de la mujer. En el contexto cultural de la primera expansión del cristianismo, esta «marca feminista» suponía una visión antropológica de la mujer muy avanzada y revolucionaria, que explica, en buena medida –como muchos historiadores y sociólogos de la religión han señalado–, la expansión y el éxito inicial de la fe cristiana especialmente en el ámbito femenino. En efecto, el cristianismo era percibido, vivido y valorado entre las mujeres por sus elementos de respeto, dignidad y liberación de la mujer.

En su pontificado Juan Pablo II insistió mucho en el «genio» de la mujer, su aportación inigualable a la humanidad y que la Iglesia quiere acoger en toda su grandeza.

El sexo masculino y femenino, iguales en dignidad, son una manera distinta de ser imagen de Dios. El cuerpo es «sacramento» de la persona (unidad cuerpo-espíritu), y la diferencia sexual no es algo accidental sino constitutivo de la persona (se es persona de dos modos diversos). Por tanto, todo lo que hace referencia a lo sexual (corporal) no es una mera cuestión biológica sino algo constitutivo que implica a la persona.

Por otro lado, la importancia de la mujer en la Iglesia no recorre los caminos de su clericalización. En ese camino subyace el error de que lo importante en la Iglesia es ser clérigo. Es necesario profundizar en el verdadero espíritu femenino. Conviene profundizar en los fundamentos antropológicos de la condición masculina y femenina. De este modo se conseguirá precisar más la identidad propia de la mujer (y del hombre) que no se queda en cuestiones meramente de «papel-función», sino que va al núcleo mismo de lo personal y de su significado existencial.

El libro se adentra en un primer momento en la historia y en los rasgos fundamentales del feminismo moderno. El origen social del movimiento feminista lo sitúa el Autor en el siglo XIX, con la revolución francesa, y en torno a la idea de *emancipación* (los revolucionarios reivindicaban en un primer momento sobre todo «derechos masculinos»).

La emancipación significa en su origen (derecho romano) salir del *mancipium*, es decir, de la potestad del padre (aquel que por sí mismo dispone de posesión, es mayor de edad, y está liberado de dependencias). En el contexto de la Ilustración, el concepto de emancipación de la mujer se amplía hacia un proyecto de liberación de la dependencia (padre o marido) y hacia la configuración de un proyecto de vida autónomo: desarrollo, educación, profesión y vida laboral, intervención en la vida pública, etc.

La prehistoria intelectual del feminismo arranca de la pretensión marxista de abolir las distinciones y las estructuras de dominio hacia un igualitarismo social (p. 16). En ámbitos marxistas se aceptaba, con poco espíritu crítico, la tesis (mito) de la existencia de un matriarcado prehistórico (esta idea aparece en el mismo Engels y en autores como Johann Jakob Bachofen y Lewis Henry Morgan, August Bebel). Hoy esta hipótesis está bastante arrinconada, incluso por el propio feminismo, pues resulta poco consistente.

El Autor señala la importancia en la historia intelectual del feminismo del influjo de Simone de Beauvoir, compañera de Sartre, especialmente con su libro *El segundo sexo*. La escritora lleva a cabo una aplicación del existencialismo al feminismo, con algunas ideas marxistas de fondo. La tesis de fondo es que

la mujer no tiene esencia, se hace a sí misma, siguiendo la idea de la prioridad de la existencia sobre la esencia (pp. 20-22). Beauvoir describe la condición de ser mujer como algo terrible porque está sometida más a la especie que el varón, incluso corporalmente. La mujer está alienada y el objetivo es, fundamentalmente, liberarse de su condición femenina.

Por otra parte, la influencia estadounidense tiene mucho peso en la historia del feminismo.

Destacan autoras como Betty Friedan, Shulamine Firestone y Christa Mulack, así como las corrientes del *feminismo de igualdad*, que defiende la abolición de la diferencia de roles entre varón y mujer, o el *feminismo ginocéntrico*, que resalta las cualidades de ser-mujer y sostiene que la mujer es mejor esencialmente que el hombre (es, por ejemplo, más pacífica: las guerras las generan los varones). Lo masculino sería una desviación del sexo fundamental femenino.

Las raíces intelectuales de la teología feminista están en una radicalización del marxismo: autores como Engels, Marx y Herbert Marcuse son importantes promotores ideológicos de todo el feminismo (revuelta del 68, no a las estructuras de dominio, oposición al dominio masculino, etc).

Se puede hablar del nacimiento de la teología feminista con el libro *Beyond God the Father* en 1973 de Mary Daly. Tiene un influjo previo importante la obra *The Woman's Bible*, editada por Cady Stanton en 1895-1898.

En el nacimiento de la teología feminista ha sido un tema clave la polémica sobre el sacerdocio femenino (p. 45) de origen especialmente en EE.UU.

Todo el capítulo IV del libro de Hauke está dedicado a Mary Daly (p. 63). Allí se hace un análisis de esta teóloga americana, que resulta clave en todo el movimiento feminista americano. Escribe *La iglesia y el segundo sexo* inspirándose en Simone de B. y toma algunas ideas de Theillard de Ch. Hace una crítica muy fuerte a un escrito de Le Fort, titulado «La mujer eterna». En su libro *Beyond God The Father* (1973) prácticamente deja de lado la fe cristiana, con un ataque frontal al concepto de Dios Padre y a la «cristología masculina». Daly no cree en un Dios personal, en el fondo es panteísta y ecologista.

El capítulo V nuestro autor se detiene a analizar un presupuesto antropológico central de la teología feminista: la negativa a aceptar la complementariedad entre varón y mujer.

La teología cristiana explica que el ser-varón y ser-mujer son dos modos de ser persona humana, creados así como imagen y semejanza de Dios: algo por tanto natural, bueno, original y esencial para la vida humana. No son distintos

en su dignidad personal, sino que son modos complementarios de ser humano, ambos necesarios y que aportan algo insustituible a la historia humana.

El feminismo niega casi por completo la noción de complementariedad y no acepta la subordinación. Pero la subordinación no se ha de entender como falta de igualdad, sino como una estructura natural que exige relación de dependencia y donación por parte de *todos* (p. 91).

Resulta de interés en este capítulo una relación de las principales teólogas feministas (que se pueden considerar que aceptan la fe cristiana): Elisabeth Moltmann-Wendel, Chistina Halkes, Rosemary Redford Tuether, Hedwig Meyer-Wilmes, Elisabeth Schüssler Fiorenza, Anne Carr (religiosa americana), Elisabeth Gössmann (católica medievalista), Herlinde Pissarek-Hudelist (católica), decana de la facultad de teología de los jesuitas en Innsbruck.

Se sitúan en torno a dos grandes líneas teológicas: 1. *Feminismo de la igualdad*. Sus ideas más relevantes son: androginia; anulación total de las diferencias; oposición radical a la noción de complementariedad de los sexos; fomento del lesbianismo y otras opciones sexuales; incorporación al dominio igual que el varón; varón y mujer como roles culturales que se pueden cambiar. 2. *Feminismo ginocéntrico*. La mujer es comprendida como totalmente distinta (y superior) al varón; se acentúa la diferencia, el rechazo hacia lo masculino y el feminismo de las diosas.

En el capítulo VI, Hauke analiza el concepto teológico feminista de revelación. Sin duda tiene mucho que ver con la noción protestante en la que Dios salva al hombre con su gracia (principio material) y se revela a través de la Sagrada Escritura (principio formal).

Para la teología feminista, la revelación es «la experiencia de las mujeres». ¿En qué consiste? Un modo feminista de leer e interpretar la Biblia. La experiencia femenina de liberación es la clave hermenéutica para muchos pasajes de la Sagrada Escritura. Resulta elocuente el ejemplo-pasaje de Marta y María y su interpretación feminista llevada a cabo por Schüssler (pp. 104-106).

Sostienen que originalmente, Jesús introdujo la igualdad plena, había «apóstolas» y se hablaba de Diosa. Pero con el tiempo se volvió a imponer el patriarcalismo en la Iglesia primitiva y se acalló el feminismo. El feminismo original se conservó en algunos círculos del gnosticismo (p. 108). El pensamiento feminista tiende a lo gnóstico.

La crítica feminista a la imagen de Dios viene muy marcada por Daly. «Si Dios es masculino, todo lo masculino tiene que ser Dios». La teología feminista ve en este punto la deriva machista de la imagen de Dios: un concepto

de Dios marcado y adulterado por el patriarcalismo. Se han destacado de Dios conceptos como creación, trascendencia, señorío-obediencia (Señor), poder... Frente a esto proponen una vuelta a la imagen femenina de Dios, que sería la original: Dios es cercano, es la tierra misma, fértil, que da y con la que nos relacionamos de igual a igual (pp. 115-136).

Jesús, Hijo eterno del Padre que nos salva, aparece para la teología feminista como una idea «sospechosa» (pp. 137-153). Para las posturas extremistas, la cristología es machista y hay que rechazarla. Otras admiten que Jesús es una concreción histórica de la salvación (su ser-varón sería circunstancial, la salvación la hacemos todos). En general, se niega la divinidad de Jesús y es habitual la presencia de ideas gnósticas (la unción de Betania se explica como la unción de Jesús como Mesías por una mujer, que le ha dado el nombre de Cristo).

Para la hermenéutica feminista, la presencia religiosa de María, Madre de Dios refleja la necesidad de tener una diosa (pp. 155-177). La virginidad sería un símbolo de la autonomía respecto del varón. El dogma de la Inmaculada vendría a reforzar la idea de que es divina, o sea, no necesita de redención (símbolo de autonomía). Asimismo se critica que a María se la pone en un pedestal inalcanzable, de modo que las mujeres sólo pueden ser Eva. Algunos aspectos recalcados por la mariología feminista son: el significado determinante de la simbólica de los sexos; el peso de ser-varón de Jesús y ser-mujer de María; María como revelación de los «rasgos femeninos» de Dios; María como asunción de los anhelos humanos; el significado «emancipatorio» de María y su virginidad.

Para el ecofeminismo (pp. 203-209), el Génesis proclama el dominio del mundo (androcéntrico), mientras que la mujer va unida a la tierra. Dios es la tierra: cultos panteístas y matriarcales (gnósticos). El autor señala la conexión de estas ideas con algunas tesis hitlerianas.

El profesor Hauke ofrece, al final de libro, una síntesis bien expuesta de los principales argumentos tratados a lo largo de sus páginas, con las perspectivas magisteriales y teológicas. En el fondo, la clave está en profundizar más en el relato de la creación del hombre por parte de Dios: ser-varón y ser-mujer no es una cuestión de papeles en la vida, sino algo más profundo, imagen y semejanza de Dios. Y, de algún modo, la clave está en María como mujer.

En definitiva, estamos ante un buen trabajo de síntesis, con un esfuerzo notable por aclararse en el bosque de ideas del feminismo y de la teología feminista: quién es quién y hace dónde va. Un buen mapa general y una buena guía de viaje.

José Manuel FIDALGO